

¡PROSPERIDAD AGROPECUARIA!

ALBERTO MICHEO

El Presidente Herrera, en su discurso a Fedecámaras, se comprometió a un "esfuerzo para lograr la Prosperidad Agropecuaria". Una promesa bastante prudente. Por ello nos gustó. Si hubiera prometido "lograr la prosperidad" en cinco años nos hubiera desanimado. El campo venezolano adolece de una enfermedad radical que no se cura en tan breve tiempo: el abandono como base de la economía nacional. A partir del petróleo renunciamos al fomento de la agricultura. Nos volcamos exclusivamente al mercadeo petrolero. El campo venezolano lleva 40 años de abandono. Dentro de este hecho no pasaría de demagogia el decir que lograría en cinco años "la prosperidad agropecuaria".

En el sistema económico en que vivimos, la escogencia de una alternativa económica significa proporcionar "incentivos" a la vía seleccionada: créditos, exoneración de impuestos, de aduanas, de precios, de infraestructuras, de educación, etc. Es decir, todo aquello que favorece la prosperidad del sector.

La política económica del Estado se orienta a que nada de ello falte. En nuestro caso, todo ha estado presente alrededor de la venta de nuestro petróleo, de una semi-industria urbana y de un gigantismo en el sector de los servicios.

Se podrá criticar su orientación, su eficacia, su forma despilfarrada y política, etc. Pero se ha aportado cuantiosa y generosamente. La población lo ha entendido así. Ha seguido esa ruta. Alrededor del 80 por ciento de la población radica ya en centros urbanos.

Por otra parte, el abandono es la forma más cruel de acabar con una vida. Con él se ha sacrificado la agricultura: abandono a su suerte en cuanto a la forma de tenencia colonial de la tierra; abandono en cuanto a la infraestructura mínima indispensable; abandono en cuanto a la educación y capacitación en la cultura agrícola; y como consecuencia la imposibilidad de rentabilidad del sector. Lógicamente, si hoy queremos comer, tenemos que importar. Es la consecuencia del camino escogido.

Claro que podíamos haber sido más racionales en la escogencia de la alternativa. Tampoco queremos decir que ella fue

equivocada. La falta de racionalidad estuvo en el signo absoluto de esa escogencia. Su luminosidad nos ofuscó. En la política económica no le dimos importancia a la indispensabilidad de un auto-abastecimiento agrícola como fundamento de toda sana economía.

Llevamos 40 años caminando en la única ruta del petróleo. En la agricultura prácticamente dejamos de caminar en la década de los 30. Ello indica que tenemos que comenzar abriendo desde sus bases la ruta de la agricultura.

HACER EL CAMINO

Dos características son indispensables para que una población transite con normalidad por una ruta: en primer lugar, que el camino físico sea transitable y en segundo lugar, que la población esté en capacidad de recorrerlo. Aplicando esta comparación a la agricultura diríamos que el camino físico transitable sería la infraestructura agrícola apta: seguridad de "toda la población rural" en la posesión de tierra suficiente, vialidad agrícola, control de agua para que no le falta durante todo el año, política general que asegure un mínimo de rentabilidad, etc. Y con respecto a la otra característica de "capacidad para recorrer el camino", sería que la población rural fuese agropastora. Es decir que supiera las técnicas de cultivo; que tuviera una auténtica cultura agrícola.

Cuando decíamos que en la ruta de la agricultura dejamos de caminar en los años 30, ello significa que ya no tenemos un camino transitable para las necesidades de hoy, ni población apta para transitarlo.



Ambas condiciones son indispensables para lograr "la prosperidad agrícola".

CAMINO INTRANSITABLE

Nuestro sistema de tenencia de la tierra está tan distorsionado que está vedado para la mayoría de la población rural; el 80 por ciento de esa población carece de seguridad legal en la posesión de la tierra que trabaja. La minoría de grandes propietarios que poseen la mayor parte de la tierra viven en la ciudad y mantienen gran parte de su tierra ociosa. La infraestructura vial apenas existe. Las condiciones de transporte del producto son tales que muchos productos no pueden llegar al mercado, o los gastos en reparaciones de vehículos agotan no pocas veces todo el excedente de producción. La poca atención prestada al problema del agua tropical —tres meses de inundaciones y nueve meses de práctica sequía— hace que grandes extensiones de tierra la mayoría del año estén improductivas. Por fin, los estímulos de la alternativa industrial, cuyos productos son insumos-gastos para el productor agrícola, junto con la declaración de "artículos de primera necesidad" a muchos productos rurales, con su correspondiente control de precios para que toda esa población urbana semi-desempleada pueda comer, hacen que la rentabilidad agrícola sea siempre negativa. Todas estas realidades hacen que simplemente no tengamos camino transitable en agricultura.

PRODUCTOR INCULTO

Siendo la infraestructura física una condición indispensable, para cualquier sector de actividad, sin embargo ella no basta para "lograr la prosperidad". Quedaría pendiente el segundo condicionamiento; a saber: que el productor rural, grande y pequeño, sepa cultivar, es decir que sea agricultor. También en este aspecto el abandono ha sido tal que apenas tenemos agricultores. Basta recorrer con sentido analítico la generalidad de nuestras unidades productivas agropecuarias para darse cuenta del modo primitivo de la forma de producción.

En este sentido no nos referimos tanto a la carencia de instrumentos de



trabajo —maquinaria y mecanización en general—, cuanto a la ciencia o arte del cultivar en sí. Eso que hace de una persona un cultivador, una persona que sabe su oficio. Nuestro campo carece de auténticos agricultores o cultivadores. El logro de este tipo de recurso humano es condición previa a todo sistema mecanizado para la producción masiva.

Esta deficiencia de "cultura agrícola" no solo radica en el pobre campesino tradicionalmente "conuquero" o "peón", sino en la mayoría de las grandes haciendas, tanto agrícolas como pecuarias. Lo demuestra la bajísima productividad de nuestros campos. Por ejemplo, la cantidad de litros de leche por vaca en las enormes haciendas ganaderas no pasa de tres litros diarios. Ganado libre en campo abierto con pastos naturales a merced de la naturaleza es un sistema demasiado primitivo para las exigencias de moderna productividad. Y este sistema es el normal en nuestros campos, tanto grandes como pequeños.

Claro que hay excepciones honorables: algunas unidades mecanizadas cañeras, producción de hortalizas en los Andes y el Valle de Quibor, algunas vaqueras modelos, etc. Pero son eso, excepciones que se pierden en la generalidad primitiva. Y no se podrá hablar de "prosperidad agrícola" mientras la generalidad de los productores rurales no dominen la técnica productiva, que sean auténticos agricultores.

POLITICA AGRICOLA

El camino hacia la "prosperidad agrícola" debe ser diseñado con realismo e inteligencia. Debe abarcar tanto los pilares infraestructurales como los coyunturales. Una tarea nada fácil.

A nivel analítico, el Presidente Herrera, en su discurso a Fedecámaras, describe ambas dimensiones y propone algu-

nas medidas de acción. Todas necesarias, pero ningún diseño de proyecto planificado, global y coherente. Es verdad que anuncia la creación de un "equipo de trabajo". Esperamos de ese equipo el diseño racional de un proyecto global y coherente para lograr un día la prosperidad agropecuaria. Nuestra experiencia en el campo —preferentemente en el sector campesino— nos anima a aportar a su consideración algunas ideas.

1. Partir desde el origen

Queremos decir que hay un punto concreto donde está la realidad agropecuaria. ¡Cuidado con presuponer que existe lo que no hay! Todo proyecto que se sustenta en presupuestos que en la realidad no existen está fracasado.

A nuestro entender la razón del fracaso de los esfuerzos del quinquenio anterior se debe al hecho de que el éxito del proyecto financiero adoptado presuponia lo que no existía: una suficiencia cuantitativa y cualitativa junto con una seguridad jurídica en la posesión del factor tierra; una infraestructura vial normal; una rentabilidad mínima del sector; una mentalidad y conocimientos básicos de cultivo y de manejo del sistema crediticio. Al presuponer todos o algunos de estos condicionamientos que no existen, el proyecto de inyección financiera no dió frutos. Y se esfumaron muchos miles de millones de bolívares en la selva de carencias del mundo rural. . . Sin contar con el dinero agrario que fue a la ciudad en condiciones especulativas. Queremos decir que el proyecto hacia la prosperidad agrícola debe comenzar en las bases mismas.

2. Unidades integradas

El hecho de que a nivel analítico se descubran fallas estructurales con solucio-

nes a largo plazo y otras fallas más coyunturales, afectables con medidas a corto plazo, ello no quiere decir que en el proyecto de solución ambos deben enfrentarse en tiempos separados. Las unidades mismas que indiquen el comienzo de un caminar hacia la meta de prosperidad agrícola, deben integrar todos los elementos. En otras palabras estas unidades deben ser al mismo tiempo centros de producción rentable y escuelas de aprendizaje en la ciencia y en el arte agropecuarios.

Ello presupone todo un proyecto nacional de planta nueva. Cada unidad o grupo de unidades debe estar dotado del absoluto apoyo gubernamental en cuanto a la dotación de infraestructura: tierra, vialidad, mercado, precios; y de personal educativo: maestros agrícolas que en la práctica misma enseñen a cultivar. Sería un reto a tantos agrónomos, técnicos o peritos agropecuarios. Tememos que sus conocimientos sean demasiado librescos, alejados de nuestra realidad o demasiado especializados en algún aspecto del cultivo: fumigación, injertos, abonos, etc. sin tener conocimientos de la globalidad del cultivar la tierra. En este punto se podrían aprovechar los conocimientos de tantos inmigrantes que eran agricultores en su tierra y tienen conocimientos agrícolas aprendidos por tradición ancestral en sus lugares de origen. El éxito de los "isleños" en el cultivo de hortalizas en el Valle de Quibor, superando incluso los problemas estructurales, es una buena muestra de capacidad. Es lógico que el Estado les deba garantizar una remuneración que por lo menos iguale sus ingresos en tantas pulperías y pequeños abastos en las ciudades.

3. Coordinación Educativa

Se nos podría decir que no es cierto que nada se ha hecho a nivel de educación



agropecuaria. Se nos podría enumerar el número de "escuelas granja" y de instituciones de educación agropecuaria superior, tanto públicos como privados, junto con un número considerable de egresados. A ello contestamos: ¿dónde están los resultados a nivel de producción?

Reconocemos esos esfuerzos y los admiramos. La falta de resultados a nivel real está en su casi absoluta desconexión o descoordinación con la realidad. Los egresados de esas instituciones se han encontrado con una estructura agraria donde no tenían lugar: no han encontrado puesto en las unidades de producción por estar éstas a un nivel que no los podrían contratar, ni tenían tierras propias para poner en práctica sus conocimientos. De ahí que la mayoría anden deambulando en busca de algún puesto burocrático en cualquier instituto gubernamental o privado, sea agrícola o no.

Creemos que dentro del proyecto nacional a cada estudiante se le debe garantizar de antemano una tierra suficiente para poner en práctica los conocimientos adquiridos y que se prepare en aquel tipo de cultivos para los cuales es apta esa tierra. Esta asignación previa de tierra serviría de estímulo a muchos jóvenes y al mismo tiempo un medio para comprometerlos a planificar su futuro en el campo.

Otro sector de desconexión absoluta con la realidad ha sido nuestra escuela rural. En un empeño ridículo en aplicar a todo el mundo por igual la "igualdad constitucional", hemos estado aplicando el mismo pensum de estudios a los niños del "Country Club de Caracas" y a los niños de cualquier caserío rural. Los maestros tienen que ser graduados en la ciudad,

para lo cual prácticamente todos son de la ciudad y el pensum de su formación es totalmente urbano. Supuesto el hecho de que la vida del campo tiene su especificidad propia, tanto en cuanto a su cosmovisión como en cuanto a la actividad productiva ¿con qué bases un maestro o maestra urbanos van a ser ductores en la formación del hombre del campo? ¿Qué diríamos si el gobierno encargara a un grupo de campesinos, bien capacitados para el campo, la orientación de la vida del caraqueño? Pues eso es lo que estamos intentando hacer en la educación rural.

Pensamos que en el diseño de ese camino a la prosperidad agropecuaria, la escuela rural no debe estar separada de esas unidades que hemos señalado como "unidades de producción rentable y escuela de aprendizaje de la cultura agropecuaria". De allí también deben salir los maestros rurales, dejando al margen los infinitos requisitos urbanos de haber pasado por: preparatorio, kinder, primaria, ciclo básico, ciclo diversificado, escuela



normal, título, afiliación al gremio... Todo esto suena en el campo a "música celestial".

4. Superar la dispersión

La posesión latifundista de nuestro agro ha llevado a que la mayoría de la población rural —el campesinado— haya tenido que buscar su propia parcela en lugares donde no hubiera nadie cerca. De ahí viene una dispersión campesina extrema. En esta dispersión padece todo el mundo. Padece el campesino por aislamiento social y padece el gobierno por serle imposible el cumplimiento de su deber de dotación de los servicios fundamentales: agua, luz, cloacas, escuelas... y padece el país por falta de condiciones aptas para la producción.

Se impone una política de "forma-

ción de pueblos rurales" de pequeña concentración humana. Esto supone una nueva forma de reparto de la propiedad de la tierra. Es la base para proporcionar al hombre del campo un minimum de bienestar, y con un ambito existencial para que la vivencia humanística que produce el contacto con la naturaleza se vuelva social, se comparta y se pueda disfrutar. Y a la larga sea un aporte de peso no sólo para la suficiencia alimenticia sino en la formación de nuestra ideosincrasia nacional.

La "prosperidad agropecuaria" no sólo significa una forma de producción de alimentos sino el fortalecimiento de un sector social rural con peso suficiente para contrarrestar las tendencias deshumanizantes típicas del urbanismo descontrolado. □